



VISTA DE MEISSEN.

Todos los viajeros están de acuerdo en el encanto particular que el agua comunica á los paisajes; sin ella falta al efecto general esa vaga armonía que sirve para enlazar los detalles por medio de una serie de degradaciones y reflejos. El agua es como un segundo cielo, que reproduce abajo una parte del efecto de las medias tintas y de los perfiles que se destacan en lo alto sobre el otro cielo. Con razón se ha llamado «la gracia de la naturaleza» á ese cristal que bulle, se agita y reproduce todas las imágenes, haciendo alarde de gozar de mas vida que el resto

de la creación. El murmullo de las ondas que chocan al pié de la escalera de las casas, la espuma blanca que se sumerge en la oscuridad de los puentes, convidan al misterio y á la poesía; así es que los ríos y los lagos han sido siempre para la tradición popular el gran receptáculo de creaciones fantásticas: en ellas se encuentran las poblaciones que se hallan habitadas por los genios y las hadas de las aguas. La mayor parte de las ciudades alemanas edificadas sobre agua, han conservado los recuerdos de estas fábulas encantadoras, que acostumbran á repetirse durante

24 DE JUNIO DE 1849.

las veladas del invierno, cerca del hogar, al ruido de las olas que murmuran misteriosamente al pie de las ventanas.

La posición de Meissen es apropiada para favorecer estos cuentos de viejas; una parte de las casas se halla bañada en sus cimientos por el río, como lo indica nuestro grabado, encontrándose por consecuencia en relaciones de vecindad con el terrible pueblo de seres acuáticos.

Nada más encantador en realidad que esas casas de tejados ondulantes, medio perdidas entre las copas de los árboles, y mirando su imagen en la superficie inquieta del agua.

Meissen, que forma parte del reino de Sajonia, se halla situada á algunas leguas de Dresde; no cuenta más que 7,600 habitantes, pero es célebre por sus manufacturas de porcelana, cuya fabricación fué introducida allí por primera vez en Europa. El gobierno la fundó en 1710, y desde luego dió los magníficos productos que tan apreciados son aun hoy día. Por espacio de mucho tiempo la fábrica de Meissen ha ejercido el monopolio en la fabricación de porcelana. Penas severas se hallaban prescritas para quien revelase el secreto de esta fabricación, cuyo mérito consistía en las primeras materias de que se hacía uso, pero estas precauciones no han podido impedir que establecimientos rivales de Berlín, Brunswick y Viena hayan al fin descubierto el misterio.

La greda blanca que se emplea en la fabricación de la porcelana de Meissen (cuya pasta todavía no se ha podido imitar), se saca de las canteras que hay en Erzgebirge, cadena de montañas que separa á Sajonia de Bohemia.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Hartzenbusch.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza de Carabanchel de arriba, con una taberna ó parador á un lado.

ESCENA I.

LA CRIADA DE LA TABERNA.

Para no ser domingo ni fiesta, mucha gente ha subido hoy de Madrid. Eso sí, el día está que dá envidia, y los madrileños rabian por pasearse; allí cuesta el vino un ojo de la cara, y en Carabanchel le tienen bueno y barato. Luego, en esta casa siempre se halla buena provisión de chuletas, pescado, magras y chorizos, todo aderezado á ley; hay buen aguardiente, rica cerbeza, aunque para mí, Dios la bendiga. Así tenemos parroquianos como agua.

ESCENA II.

DON ALFONSO, DON VICENTE.—*Dicha.*

ALFONSO. Guarde Dios á Vd., doncella.
 CRIADA. Y á Vds. también, caballeros.
 ALFONSO. ¿No han venido á esta casa tres muchachos de doce á catorce años, muy alborotadores, con gorras de terciopelo?
 CRIADA. No señor, lo que es hoy no ha venido muchacho ninguno con gorro así.
 ALFONSO. (*A don Vicente*). Como hemos cruzado por San Isidro... Vamos, les hemos tomado la delantera. Digo, si no se han ido á otra parte.
 VICENTE. Nos desharían nuestro plan. Pero no, se habrán entretenido en el camino, ó habrán dado un rodeo.
 ALFONSO. Es de creer. Con que vamos á acomodarnos aquí hasta que vengan. Mocita, esos chicos nos interesan: ¿podríamos desde algún cuarto ver y oír lo que hiciesen aquí, sin ser vistos nosotros?
 CRIADA. Sí señor, sin dificultad. ¿Ven Vds. esa ventana de encima de la puerta? Pues corresponde á un cuarto que dá á los dos costados de la casa. No chistarán sin que Vds. los oigan.
 ALFONSO. Bueno. Subamos inmediatamente, no venga la cuadrilla y nos cale la idea. No les deje Vd. ni maliciar

siquiera que estamos aquí; que nosotros nos mostraremos agradecidos.

CRIADA. No tengan Vds. cuidado. Vengan Vds. conmigo, señores. (*Vanse.*)

ESCENA III.

LUIS, PERICO Y SERAPIO.

LUIS. ¡Huf! Dejadme alentar, si no queréis que me ahogue.
 SERAPIO. ¡Cómo nos vamos á divertir!

LUIS. (*Picado*). Sí, divertido es el principio. Lo primero, no bien habíamos salido de casa, echais á correr como locos, llevándome casi á rastra, dando lugar á que toda la gente dijera: vaya qué tres perillanes van allí. Luego os empeñais en que pasemos el río por los pontones de los lavaderos, me meteis en un lodazal, y me pongo de cieno hasta las rodillas.

PERICO. Quéjate un poquito por la costilla que se te ha roto.
 LUIS. No se me ha roto costilla; pero tenemos los pantalones hechos un asco, y yo así no entro de día en Madrid.

SERAPIO. Echa una lagrimita porque se te han salpicado los pantalones.

PERICO. Toma, yo me alegro; así no la pintará tan en grande.

SERAPIO. ¡Estaba él poco ufano por venir mejor vestido que nosotros! ¡El elegante! ¡el marquesito!

LUIS. Si señor, yo me precio de ir aseado; y si á vosotros os gusta andar hechos unos dropes, buen provecho os haga.

PERICO. Vaya, vaya, déjate de niñerías y sentémonos á esta mesa con honores de banco, porque tengo un calor que me bebería yo solo toda una horchatería. (*Siéntanse.*)

SERAPIO. ¡Y yo, que estoy hecho una sopa!

PERICO. (*Aporreando la mesa*). ¡Eh! muchacha, mozos, aquí todo el mundo.

ESCENA IV.

LA CRIADA.—*Dichos.*

CRIADA. ¿Quién es el que mete tanta bulla? Pues aunque entrase un regimiento en Carabanchel...

PERICO. ¿Cuánto has tardado en venir! A ver cómo nos sacas tres medios chicos de moscatel, paleta.

CRIADA. Voy allá. (*Aparte*). Me figuro que estos son los tres chiclelos de aquel señor, porque según la pinta, buenas piezas deben de ser.

SERAPIO. Eh, mozueta.

CRIADA. ¿Qué más ocurre?

SERAPIO. ¿Es bueno el moscatel que teneis?

CRIADA. ¿Qué si es bueno? Ya me lo dirá Vd. cuando lo paladeé. ¿Qué si es bueno el vino del tío Panzalaire!

SERAPIO. Pues anda, anda, sírvenos pronto; que tengo una sed que rabio.

CRIADA. (*A parte*). Sí, sí, ellos deben ser: avisaré á aquellos señores. (*Vase.*)

LUIS. Pero, Serapio, tú gastas poquísima urbanidad.

SERAPIO. ¿Qué urbanidad ni qué chirivía? ¡Habrás simple! ¡Con los sirvientes urbanidad! A zapatazos debe tratarse.

LUIS. Pues no trata así mi padre á los suyos.

PERICO. Este á cada cosita saca á relucir á su padre. (*Sale la criada con tres vasos que coloca sobre la mesa*). Vaya, no es malo este vino, chica: lo digo porque lo entiendo. A tu salud, Luisito.

SERAPIO. Mira, mira: este no se atreve á beber. Aprende de mí que ya me he soplado mi ración. Vamos, tendré yo que colarla por él. (*Bebe el vaso de Luis*).

(*Cantan dentro.*)

Para no sentir penas
 en esta vida,
 no hay remedio en el mundo
 como una chispa.
 Se duerme un rato,
 y se despierta un hombre
 tan consolado.

PERICO. ¿Quiénes son los que cantan ahí?

CRIADA. Una gavilla de borrachones que están jugando á los bolos en el patio, y descansan empujando de codo.

PERICO Y SERAPIO. Vamos á ver jugar á los bolos, vamos á ver jugar. (*Entranse en la taberna.*)

ESCENA V.

LA CRIADA, (sola.)

Lo que sobra es estar bien criados los señoritos estos. No, si fueran hijos míos, ya los enderezaría yo en forma. Cuando ellos se atreviesen á alzar los ojos delante de mayores... No hay que darle vueltas, que solo en los lugares es donde se enseña á los chicos cristianamente. Pero no señor, en Madrid, como los erian para usías, les dejan salir con cuanto quieren, y se hacen unos diablejos que no hay quien los sufra. (Oyense voces dentro.) ¡San Babilés! ¿qué será esta bulla?

ESCENA VI.

LUIS. — Dicha.

LUIS. ¡Ay mi cabeza! ¡ay Dios mío!

CRÍADA. ¿Qué le ha sucedido á Vd., señorito?

LUIS. Esos pícaros compañeros me han echado de un empujon en el juego de bolos, y uno de los jugadores me ha dado sin querer un bolazo en la cabeza. Si no es por el gorro me deja en el sitio. ¡Ay! qué dolor tan grande! ¡ay!

CRÍADA. Pues dígame á Vd. que ha sido bonita diversion. A ver la cabeza. ¡Válgame Dios! si tiene un chichon tan gordo.

LUIS. ¿Un chichon gordo, eh? Por fuerza, segun el porrazo.

CRÍADA. Aguarde Vd., que voy á traer para ponerle un paño de vinagre aguado.

LUIS. Dios se lo pague á Vd. Crea Vd. que he sentido mucho el mal modo con que la han tratado.

CRÍADA. Vamos, bien, eso me gusta. Vd. no tiene traza de ser tan malo como los otros. (Vase.)

LUIS. No, cuando yo vuelva á acompañarme con ellos, ya habrá llovido.

CRÍADA. (Con unos paños.) Venga Vd. acá, señorito; con esto desaparecerá la hinchazon. Déme Vd. ahora su pañuelo. (Se lo ata.) Mañana no tendrá Vd. ya nada.

ESCENA VII.

SERAPIO, PERICO. — Dichos.

SERAPIO. ¡Vaya, que tino como el de aquel hombre!.

PERICO. Se le figuró que tu cabeza era una bola, y tras... ¡Ah, ah, ah!

SERAPIO. Repara, repara qué gracioso está con el pañuelito por las sienas.

PERICO. Le cae divinamente. Vaya, hombre, ¿resucitas-te ya?

SERAPIO. Se ha amoscado: parece pollo mantudo segun está de cabizbajo. Animo, que no te morirás por eso.

PERICO. Valientes majaderos somos nosotros que hacemos caso de este lloron. Pero ¡qué burla te van á hacer! A todos los chicos del barrio les hemos de contar que has llorado. Ya, ya verás como te hacen rabiar.

SERAPIO. Y hemos de decir en todas partes que es un marica, que no tiene mas valor que un mosquito.

LUIS. Por Dios, hombres, no hagais eso: todos los pillos de Madrid se meterian conmigo.

PERICO. Pues acaba de una vez tus lloros. Ya es preciso que dejes de ser niño, que seas hombre. Moza, tráenos cigarros y copas de aguardiente.

CRÍADA. ¡Cigarros y aguardiente! ¡Ave María! ¡Unos chiquillos como Vds! Les vá á hacer á Vds. daño, se van Vds. á achispas.

SERAPIO. ¿Si será la primera vez que uno bebe y fuma? Vaya, vaya, saca eso, chica, que nosotros no somos criaturas. (Vase la criada.)

PERICO. Pues señor, hay que pagar. ¿Quién tiene dinero?

SERAPIO. Yo no tengo un ochavo.

PERICO. Ni yo tampoco. Pero Luis lleva siempre el bolsillo bien acompañado y él nos obsequiará.

SERAPIO. Por supuesto, ¿quién nos ha de obsequiar sino él?

LUIS. No me parece muy regular que yo solo sea el pagano. Tengo algun dinero; pero lo iba juntando para comprar el Robinson.

SERAPIO. Trae, trae aquí, no seas ruin en tu vida, eso es muy feo. Tu padre es el que debe comprarte los libros que necesites. (Sale la criada trayendo el aguardiente, los

cigarros y lumbre.) Conque, doncella, ¿cuánto se debe?

CRÍADA. Todo es treinta y tres cuartos y medio.

SERAPIO. Tome Vd. una peseta. Lo que sobra es para Vd.

CRÍADA. Pues es puñado. Vaya que el señorito es garboso. (Vase.)

PERICO. ¡Qué entretenido es un cigarro! ¡y qué gustoso cuando á uno le han prohibido fumar!

SERAPIO. ¡Qué rico es el aguardiente! le pone á uno mas alegre que unas castañuelas. Pero, Luis, ¿qué haces que no bebes y fumas como nosotros?

LUIS. (Probando el aguardiente.) ¡Puf! ¡qué cosa tan fuerte! Esto es rescoldo.

PERICO. Pues es menester que lo bebas.

LUIS. Pues no me dá la gana de beberlo.

SERAPIO. Y es preciso que fumes.

LUIS. Pues no quiero fumar.

PERICO. Tendrás que hacerlo, y tres mas. Nosotros nos hemos propuesto irte haciendo á las armas, y queremos que te diviertas.

LUIS. Yo quiero divertirme á mi modo. ¿Me habeis de hacer beber y fumar á la fuerza?

SERAPIO. ¿Y quién nos lo ha de impedir? Aquí no hay mas remedio que beber, Luisito, con que... (Agárranle y le llevan el vaso á la boca.)

LUIS. (Forcejeando.) Esto es una picardía. Si mi padre estuviese aquí... Sobre que no he de probar el aguardiente. (Escápaseles.)

PERICO. Ese pobrete siempre tiene en la boca á su padre. Tras tí vamos, ya te pillaremos. (Vanse corriendo.)

ESCENA VIII.

DON ALFONSO, DON VICENTE, LA CRIADA.

CRÍADA. ¡Oiga! ¿ya se han ido los tres?

ALFONSO. Sí, ya volaron.

CRÍADA. ¿Se marchan Vds., señores? ¿Han estado bien donde les dije?

ALFONSO. Perfectamente: Vd. nos ha servido en un todo, y para mostrarla nuestro agradecimiento... tome Vd. Esto por el gasto, y esto para Vd.

CRÍADA. Viva Vd. mil años, caballero. Crea Vd. que yo no lo hacía por el interés.

ALFONSO. Vámonos, don Vicente: yo quisiera llegar á casa antes que Luis, para que no echase de ver que hemos salido.

VICENTE. Entonces no debemos detenernos, porque ahora no hay trazas de que se entretengan en el camino.

ALFONSO. Por San Isidro acertamos. Adiós, niña, hasta otra ocasion.

CRÍADA. Vayan Vds. con Dios, señores: cuando vengan Vds. á Carabanchel, no dejen de pasar por aquí.

ALFONSO. No nos olvidaremos de Vd., no. Abur. (Vanse don Alfonso y don Vicente.)

ESCENA IX.

LA CRIADA.

¡Un duro! ¡Cristo del Pardo! ¡qué rica estoy! á pocos dias que tuviera de estos ¡qué buena saya podía hacerme! Si no fuese por estos buenos señores de Madrid, ¿qué sería de nosotras? Voy á echarle en la hucha, á ver si la tengo llena para la feria: y entonces con un buen vestido de muchos colores, con un hermoso pañuelo, una peineta chica, y un lazo muy grande en el moño, todos los mozos del lugar me dirán chicoleos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

TAITI.

Hay en el Océano pacífico entre los 16 y 17 grados de latitud, 13 islas que se llaman de la sociedad, que han sido sucesivamente visitadas por Quirós en 1606, por Bougainville en 1768, y por Cook en 1769, y al presente son frecuentadas por navios de casi todas las naciones. Taiti es una de ellas, que ni por su posicion geográfica, ni por su riqueza puede ser codiciada. Sin embargo, tal como es, y contra todos los cálculos que pudieran haberse formado hace poco tiempo, si á alguno le hubiera ocurrido acor-

darse de ella, ha estado á punto de ocasionar un rompimiento entre dos naciones poderosas. En efecto, hace un año nadie se hubiera podido figurar que podia alterarse la paz del mundo solo porque existia en el Océano pacifico un punto casi insignificante, cuya posesion ningunas ventajas ofrece, ni que la isla de Taiti adquiriese tal renombre é importancia que fuera objeto de serias contestaciones, de acalorados debates, y que ocupase meses enteros la atencion del mundo político. Asi ha sucedido sin embargo, y esta circunstancia nos mueve á dar á nuestros lectores una descripción lo mas exacta posible de la isla de que tratamos, de las costumbres de sus habitantes, y de cuanto pueda interesar su curiosidad en este punto.

El clima de Taiti es acaso el mas delicioso del universo; el árbol del pan y el cocotero son en aquella isla prodigiosamente fecundos, y las cañas de azúcar llegan algunas veces á 20 y 25 pies de altura.

Los taitianos tienen el color aceitunado; son de alta es-

tatura, y en su mayor parte de notable corpulencia. Sus vestidos nada tienen de uniforme; cada uno se viste segun su fantasía, rodeándose el cuerpo del modo que mas le agrada, ó bien una especie de sábana de algodón ú otra que fabrican con fibras de moral maceradas, estendidas y reunidas despues por medio de un agua gomosa. Las mugeres se adornan tambien con plumas, flores, perlas y conchas, y generalmente son ellas las que dibujan en el cuerpo de sus maridos las figuras y líneas de que están cubiertos.

Gustan apasionadamente del baile, y su orquesta se compone de trompas marinas, de *viros* ó flautas de cuatro agujeros, y de *iarus*, especie de tambor formado de bambús.

En cuanto al origen de los taitianos, nada se sabe positivamente, pues las únicas ideas que se nos han trasmitido de sus tiempos remotos, están envueltas en el caos de la mitología. Diremos algo sin embargo de lo que reflejan sus tradiciones mas admitidas. *Taaroa* es, segun estas, el primer principio creador que tenia bajo su dependencia



Vista de Taiti.

á otra divinidad subalterna, llamada *Atua*. Estas divinidades convinieron en crear un mundo, y en efecto, *Taaroa*, despues de haberlo producido, formó al hombre de tierra encarnada, la cual le sirvió tambien de alimento hasta la aparición del árbol del pan. Despues *Taaroa* creó los animales de toda especie, escepto el puerco, que nació del cadáver putreficado de un hombre sabio y poderoso, que vivió en los primeros tiempos. La genealogía de los soberanos de Taiti, segun la tradicion la ha establecido, se remonta hasta los dioses: las dos supremas autoridades de la nacion son Dios y el rey; pero como el primero delega su autoridad en el último, este reúne ademas de la cualidad de rey la de sumo sacerdote.

La sociedad está dividida en tres clases: la primera se compone de la familia real y la nobleza, la segunda comprende los *Bue-ratiro*s ó propietarios y labradores del campo, y la tercera está compuesta de los *mana-oune*s ó *populacho*. La última de estas clases se divide en *titi*s, esclavos, y en *teuteus*, criados. Los *titi*s eran prisioneros hechos en la guerra, ó bien habitantes de pais conquistado, y permanecian en depósito para sacrificarlos á los dioses en caso de necesidad, tratándoseles entre tanto con clemencia, y alimentándoles bien para poder ofrecer á sus divinidades

una víctima digna de ellas. Los *ratiro*s ó propietarios se subdividen tambien segun sus riquezas; á esta clase pertenecen los militares y los sacerdotes.

La justicia se administra por gefes, y la pena de muerte está desterrada de la isla, escepto en los casos de asesinato ó falta de respeto al rey, cuya persona es sagrada.

Dividido el sistema de las divinidades taitianas entre dioses y espíritus, los habia innumerables que presidian á todos los estados de la vida y á todas las ocupaciones; el mar, el aire, el fuego, la tierra, los placeres, etc., tenian cada uno su dios protector.

El duelo y funerales por los difuntos eran antes solemnes en Taiti. Inmediatamente que moria un individuo tenia obligacion la familia de dar parte á la autoridad ó gefe del pueblo, para que procediese á indagar las causas de su muerte. El gefe tomaba una piragua, y recorria las aguas de la isla en busca del alma del muerto, que debia aparecerse, y decirle las causas por qué habia abandonado el cuerpo. Despues otro agorero emprendia su obra de conjurar y alejar de la familia del difunto la enfermedad que pudiera amenazarla. Luego se procedia al funeral colocando el cuerpo en un lecho de hojas de plantas aromáticas; los mas próximos parientes se hacian dolorosas heridas en todo el

cuerpo, y despues si el difunto era gefe se embalsamaba su cadáver, y se le dejaba espuesto al aire hasta que solo quedaban de él los huesos, los cuales se recogian y se enterraban al pié de las estátuas de madera, que representaban las imágenes de sus dioses. Alrededor del cuerpo embalsamado del difunto debia haber constantemente viandas y frutas, las cuales, segun los taitianos, tienen partes invisibles y fluidas que se exhalan y alimentan á los muertos. Sus cementerios ó *morai* son sagrados aun para los enemigos que ocupan por fuerza un pais.

Los alimentos de la isla son pues mariscos, plátanos, cocos, castañas, patatas, el sagu y otras muchas raices y frutas alimenticias.

Los naturales de Taiti son de índole apacible y honrados, retratándose en sus almas la hermosura del clima en que viven.

Estos pueblos admitieron el cristianismo en 1815, en tiempo de Pomaré I, que era el soberano de las islas, á la llegada de los misioneros ingleses que arribaron por aquella época. Los misioneros ingleses han ejercido desde entonces un inmenso influjo en toda la isla, debiéndose á ellos, sin duda alguna, los adelantamientos, aunque no son muchos, que han hecho los taitianos en la civilizacion. No han dejado de pagar cara en verdad esta civilizacion, que al mismo tiempo ha corrompido algun tanto sus costumbres, y vendrá con el tiempo á someterles al yugo de una nacion estrangera.

Dos naciones se han disputado el derecho de introducir en aquel pais los beneficios de lo que se llama civilizacion. Los franceses, habiendo tenido que abandonar su establecimiento de las islas Marquesas, que mas que ventajas les proporcionaba gastos inútiles, pensaron en estender su influencia á las islas de Taiti, en que ya de mucho tiempo antes la ejercian los ingleses. No tardó en publicarse en París una carta de la reina Pomaré dirigida al rey de los franceses, y en que ponía sus estados bajo la proteccion de la Francia. En su consecuencia, el gobierno de la nacion vecina envió una escuadra á aquellas aguas, cuyo coman-

dante estaba encargado de ejercer la proteccion que el rey tenia á bien dispensar á los taitianos.

Celosos los misioneros ingleses de Taiti, á cuya cabeza se hallaba el célebre M. Pritchard, de la preponderancia que habian sabido adquirir los franceses, procuraron suscitarles dificultades en el ejercicio de su protectorado; y por una parte el carácter impetuoso y ligero de los franceses, y por otra los manejos de los misioneros ingleses, llegaron á concitar el odio de la reina y el pueblo contra sus nuevos protectores. Solo faltaba un pretexto para romper abiertamente, y pretextos de esta clase entré los débiles y los poderosos nunca faltan. El que dió origen al rompimiento fué la cuestion de si en cierta solemnidad habia estado el pabellon de la reina Pomaré mas alto ó mas bajo que el de la Francia: sabido es que los marinos son muy susceptibles en estas materias, y exaltado el pundonor francés, el comandante de la escuadra protectora no halló mejor medio de vengar el ultrage hecho á sus banderas, que tomar posesion de las islas en nombre de la Francia. La reina Pomaré tuvo que refugiarse á un buque inglés, lanzada de su territorio por los mismos á quienes habia llamado para protegerle. El famoso M. Pritchard quiso constituirse en paladin de la desgraciada reina, olvidando su carácter pacífico de misionero y su calidad de cónsul de la Inglaterra; hizo desembarcar armas y municiones, y armó y sublevó á los indigenas contra sus dominadores; pero solo consiguió dar pretextos mas plausibles á la conquista, hasta que se derramase la sangre de los pacíficos habitantes del pais y ser desterrado de él, despues de haber sufrido algunos dias de prision.

Esta es la situacion actual de aquel territorio, que sin duda ha de dar materia para otros artículos, puesto que en virtud de las reclamaciones de la gran Bretaña, la Francia ha desaprobado la conducta de los que la adjudicaron la soberanía de Taiti, y que, como habrán visto nuestros lectores, sus agentes en la isla han llevado muy adelante los planes de conquista.



Bahia de Taiti.

LA VELADA DEL HELECHO.

6

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

III.

«Mi abuela, que Dios tenga en su gloria, señora de cuya escrupulosa veracidad no nos es dable admitir la menor duda, refería gravemente que allá en los tiempos de su mocedad tuvo por amiga á una hermosa dama llamada Emma (espero que me dispensareis de decir los nombres de familia), la cual amaba apasionadamente al doncel Arturo de... con quien la naturaleza anduvo tan pródiga como avara la fortuna. Para mayor desgracia el baron, padre de la doncella, era hombre arruinado é incapaz por su carácter de comprender el invencible poderío de una pasión generosa. Así pues, negándose á aceptar por yerno al noble doncel sin patrimonio, se decidió á dar la mano de su hija á cierto plebeyo rico, que se ofrecía, ambicioso de emparentar con gente ilustre, á pagar las enormes deudas del magnate. En tal estado las cosas, llegó al país en que pasaban, la vieja Margarita, labradora de Albeuve, y que había sido nodriza de la madre de Arturo, á quien recibió en sus brazos cuando vino al mundo. Halló al pobre jóven en lastimosa situación, y pronto echó de ver que corrían á la par inminente riesgo su corazón y su vida, si llegaba á perder de todo punto la esperanza que, aun contra todas las probabilidades, alienta todavía en el fondo del corazón mas destrozado. La anciana labradora se acercó al lecho en que yacía postrado por su tristeza el amante de Emma, la noche en que acababa de saber estar ya definitivamente fijado el día funesto que pondría entre los dos un muro insuperable, y colocando su diestra sobre el pecho del jóven—¿Teneis valor? le preguntó.

—¡Oh! exclamó él: ¿Si solo se necesitase arrostrar los mas inauditos peligros para conquistar á Emma?...

—Pues no es menester otra cosa, dijo sin dejarle concluir Margarita. ¡Levantaos Arturo! id á presentaros al baron; pedidle que difiera por solo dos meses el casamiento concertado, y que si al cumplimiento de dicho plazo volveis vos á su presencia siendo poseedor de una fortuna superior á la del rival á quien sois pospuesto, os conceda el derecho de entrar con él en competencia y que decida Emma cuál de los dos es mas digno de su mano.

—¿Estais loca buena anciana? repuso el doncel. ¿Qué caso ha de hacer el baron de semejante proposición, ni qué ganaría yo con verla admitida? Bien sabeis que no puedo abrigar la menor esperanza de hacerme rico en tan breve tiempo.

—¿No estamos en los últimos días del mes de abril? preguntó Margarita.

—Así es.

—¡Pues bien! en los últimos días de junio podeis ser mas opulento que el indigno villano que osa competir con vos, porque aquel cuya mano ha de dársele ha sido llamado, y debe serlo todavía, *príncipe del mundo*.

—Ningun poderoso de la tierra me ha protegido nunca, observó el jóven.

—Hay poderes superiores á los terrestres, respondió la vieja.

—Nada comprendo de cuanto quereis decir, Margarita; pero no importa: necesito una esperanza por quimérica que sea: ¡mandad! haré cuanto querais.

—Marchad, pues, sin tardanza á pedir al baron el plazo que os he indicado. Sois noble y alcanzareis desde luego que os prefiera, en igualdad de las otras circunstancias, al caballero de nuevo cuño, á quien hoy quiere honrar con su enlace. Aseguradle que de hoy en dos meses sus deudas estarán satisfechas, y vos os ofrecereis á Emma con una corona de conde.

—Pero, Margarita...

—¡Callad! nada lograreis, os lo advierto, si no teneis en primer lugar *fé*, en segundo *valor*.

—¡Bien! yo voy á obrar como si poseyera la primera, y os afirmo que deseo ardientemente pongais el último á prueba.

En efecto, Arturo hizo al baron su demanda, y aunque sin duda le pareció á este muy risible ó extraordinaria, se

prestó despues de algunas vacilaciones á los deseos del manco, y le empeñó su palabra de honor de que no casaría á su hija antes del postrer día del mes de junio, á cuyo tiempo si volvía á presentarsele tan rico como su rival, Emma sola decidiría la elección.

Volvió Arturo con esta promesa á donde lo esperaba Margarita y la dijo: —¡El plazo está concedido: héme aquí! ¿qué debo hacer ahora?

—Acompañarme á mi lugar, respondió ella.

—Estoy determinado á seguir en todo vuestros consejos, repuso Arturo: ¿pero no querreis darme alguna luz respecto á vuestros intentos? ¿Cuáles son vuestras esperanzas, buena vieja? ¿A dónde me mandareis á buscar esos tesoros que deben adquirirme la posesion de mi amada?

—Al camino de Evi, respondió sin vacilar Margarita.

—Pero, si no estoy trascordado, observó el jóven, el camino de Evi no es otra cosa que una senda casi intransitable que conduce al Moleson. ¿Cómo es posible que encuentre allí los medios de enriquecerme?

Allí es donde únicamente podeis hallarlos, contestó Margarita.

—Me parece, replicó Arturo, que me habeis hablado de no sé qué protector... ¿de un príncipe! ¿Quién es ese personaje de quien tanto esperais?

—Es poderoso; todos los hombres nacen siervos suyos: todos le rinden tributo durante su vida.

—¿Pero su nombre?... decidme su nombre, Margarita.

—Va á daros miedo, Arturo.

—Yo os juro que no soy susceptible de otro temor que el de perder á Emma. Pronunciad pues ese nombre, cualquiera que sea.

—Pues bien Arturo, el protector que os ofrezco se llama... ¡Satanás!

Palideció el doncel y quedóse suspenso por algunos instantes; mas no abandonó su empeño. Siguió á Margarita á la villa de Albeuve, que como sabeis se halla vecina del camino de Evi, y dos meses despues, el día 30 de junio, (creo que debió ser en el año de 1340) volvió á verlo entrar por las puertas de su castillo el arruinado baron, que por su parte cumplió religiosamente la promesa empeñada.

Mi abuela asistió algunas semanas mas tarde á la suntuosa boda de la hermosa Emma con el muy alto y poderoso conde Arturo de... poseedor de vastísimos dominios en la parte occidental de la Helvecia. Aquella enamorada pareja disfrutó muchos años en este misero mundo la felicidad mas completa que pueda en él alcanzarse, y debemos esperar piadosamente, mis buenos amigos, que el soberano dispensador de todos los bienes la haya prolongado mas allá de su vida pasajera, puesto que dieron ejemplo durante ella, de acrisoladas virtudes, habiéndoles proporcionado el donativo del diablo el poder alegar muchas buenas obras delante de Dios.

—Que descansen en paz como su señoría lo desea, dijo el viejo Bull cuando acabó su relación el baron; pero que nos preserven nuestro Divino Redentor y el bienaventurado san Juan Bautista, á todos los que aquí estamos, de anhelar jamas tesoros venidos por semejante conducto.

—¡Liberanos Domine! repitieron los labriegos, y el mismo señor de Charmey respondió devotamente.—¡Amen!

En aquel momento la gran campana de la parroquia de Neirivue sonó lentamente las once, y al espirar la última vibración se vió levantarse al page de Montsalvens como si súbitamente le hubiese mordido una víbora, y lanzarse hácia la puerta con tal ímpetu y velocidad que hubiera podido creerse era impulsado contra su voluntad por la fuerza superior de una potencia invisible.

—¡Kessman, Kessman! le gritó Ida: ¿quereis dejarnos ya? no son mas que las once, y hasta la media noche no se termina la velada.

—Volved, Arnaldo, añadian las demas doncellas. Mirad, que con el permiso del señor baron, bailaremos un poco todavía: venid y tendreis á Ida por pareja. ¿No oís como brama la tempestad? Dejadla calmar un poco antes de ponerlos en marcha para el castillo.

El page que se habia detenido en el umbral de la puerta mientras se le dirigian tan persuasivos ruegos, volvió en efecto hácia la reunión; pero fué para despedirse de ella haciéndose sordo á cuanto se le repetía para detenerlo.

Apenas traspasó los umbrales, cuando una sonrisa indefinible apareció y desapareció fugaz en los labios del baron, y si hubiese habido allí algun maligno observador que recordase el disimulado empeño con que aquel personaje ha-

bia provocado y sostenido la conversacion de la Velada del Helecho, y las penetrantes ojeadas que de tiempo en tiempo lanzaba sobre el amante de Ida, acaso hubiera sospechado que adivinando la nerviosa vehemencia de aquel pobre jóven y la especial predisposicion en que se hallaba su espíritu obraba en todo con refinado artificio, para alejarlo de allí y poder suplantarlo cerca de aquella linda criatura.

Esta suposicion, que no nos atreveremos á decir fuese de todo punto infundada, hubiera adquirido mayor fuerza al ver que no bien pasados tres minutos de la ausencia de Késsman, el jóven baron fué á ocupar la silla que dejara vacante junto á Ida, andando no menos listo, cuando un instante despues se trató de renovar la danza, para ofrecerse por su caballero. La jóven sin embargo, no parecia muy bien lisonjeada con las preferencias de que era objeto. Desde que Arnoldo dejó la reunion, Ida perdió su alegría y hablaba y bailaba como una máquina, pintándose en su semblante la preocupacion de su ánimo.

Por mas cándidos y poco perspicaces que pudieran ser en general los asistentes á la velada, no dejaron de hacer aquella doble observacion, y se entablaron en voz baja algunos dialoguillos, poco mas ó menos de la índole del siguiente:

—Mirad qué galante está el baron con la hija de Kéller: el pobre Arnoldo se ha ido sin duda por eso. Habia estado acechando las miradas del jóven caballero, y conoció ser Ida el objeto á quien se dirigian constantemente. Se ha marchado loco de celos: ¿no notásteis qué cara tenia tan desencajada, y cuán desatinado se iba sin decir adios á nadie?

—Pues lo que es la muchacha no le da por cierto motivos para estar celoso. Observad qué displicente se muestra mientras baila con el señor de Charmey. Está perdidamente enamorada del page, y no comprendo qué esperanzas puede alimentar, pues es bien seguro que no consentirá nunca Juan Bautista en que se case su hija única con un hombre que no tiene mas que la noche y el día, como decirse suele.

—¡Escuchad! decia otra voz femenil. Se han visto grandes señores casarse por amor con humildes pastoras. Tiene tan feliz estrella ese Kéller que no será mucho le veamos convertido en padre de todo un baron.

—A la verdad, añadió un acento menos blando que el anterior, son extraordinarias las demostraciones de aprecio que dispensan á esta familia el señor de Charmey, y solo se pueden esplicar creyendo que encierran miras particulares. ¡Pero qué! no hay que pensar por eso que se le ocurra la idea de casarse con Ida. Vosotras las mugeres sois á veces tan cándidas! Las gentes de cierta clase se persuaden que honran mucho á una villana tomándola por querida.

—¡Pues no! Lo que es eso no sucederá con Ida: dijo otro jóven, no insensible á los encantos de la que nombraba. No piense su señoría que nos dejaremos robar la perla de las doncellas del pais para que le sirva de juguete. No le faltan á Ida Kéller buenos partidos para establecerse aunque no seamos barones.

—Pero es extraño que no esté mas alegre Ida, bailando con un caballero tan galan, que se conoce le va diciendo cosas muy dulces, dijo una rolliza zagala que se habia quedado sin pareja. A mí me parece mejor mozo el baron de Charmey que ese Arnoldo, tan descolorido y tan triste. ¡Oh! ¡tiene el baron unos ojos!....

—Los mismos de su madre, observó Nicolás Bull. La baronesa Eleonora era de las bellas si las hay. ¡Lástima que la hubieran casado con un hombre que podia ser su padre! Lo menos hace diez años que murió, y me parece que la estoy mirando. ¡Qué talle aquel! ¡qué garbo! su hijo se le asemeja bastante; solo que tiene la boca un poco grande, como el padre, pues lo que es la baronesa, aquello no era boca, sino un boton de rosa.

Mientras así charlaban los escluidos del baile, la parte de la reunion que gozaba de aquel placer daba muestras de ser verdaderamente incansable, y no sabemos hasta cuándo se hubiera prolongado la danza si Ida no se hubiese sentido ligeramente indispueta. Desde el punto en que la reina de la fiesta se negó á continuarla, la general animacion comenzó á decaer visiblemente, y acabó del todo cuando el baron, no obstante las miras que se le sospechaban, manifestó no hallarse dispuesto á prolongar por mas tiempo su permanencia allí. Al chasquido del látigo que llevaba en la mano apareció el palafrenero que le acompañara, y cumpliendo las órdenes que recibió fué corriendo á ensi-

llar los caballos, y volvió muy en breve anunciando que ya estaban prontos.

Despidióse el ilustre jóven de todos y de cada uno en particular, con cuya atencion acabó de ganar todos los corazones; por manera que luego que se ausentó hubo por algunos minutos un numeroso coro de elogios, que Kéller escuchaba con tanto orgullo y satisfaccion como si fuese el baron un miembro de su familia.

(Continuará).

G. G. DE AVELLANEDA.

A ORILLAS DEL DARRO.

Serenata.

Granada, ciudad bendita
reclinada sobre flores,
qu'en no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado en tus palacios,
visitado há los espacios
encantados del Eden.

Paraiso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste huri,
la salud en tí se encierra,
en tí mora la alegría,
en tus tierras nace el día
y arde el sol de amor por tí.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno abril:
de tus fuentes cristalinas
sulcap cisnes los raudales:
bajan águilas reales
á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entristecen
con sus trinos y sus quejas
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel:
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

En tí, como en un espejo,
se mira el profeta santo:
la luna envidia el encanto
que halla en tu dormida faz:
y al mirarte á su reflejo,
el arcangel que la guía
un casto beso te envía
diciéndote—«duerme en paz».

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles vá la brisa
de la tarde á reposar.
¡Oh! Granada, la sultana
del deleite y la ventura,
quien no há vis o tu hermosura
al nacer debió cegar!

J. ZORRILLA.

MATRIMONIOS A LA MODA. (1)

Contento está con su esposa
don Simon, ¡pues ahí es cosa!
cierto que ella es un vestigio,
y que cuenta medio siglo,
mas tambien llevó un millon,
y con tal compensacion

dice Simon:

Bien supe lo que me hacía,
en optar á tal prebenda,
pues aunque un Simon se venda
no lo llaman simonía,
lo llama la gente toda
un matrimonio á la moda.

Don Juan y doña Refugio
viven en santo conyugio,
ellos reciben aparte,
sin que nada los coarte;
mas si reciben ó dan,
doña Refugio y don Juan
lo sabrán.

Solo sé por referencia
que allá cuando se casaron
uno y otro proclamaron
libertad é independencia:
lo cual llamar me acomoda
un matrimonio á la moda.

Logra el buen don Timoteo
un empleo y otro empleo
sin méritos ni servicios:
¿cómo le están tan propicios?
¿si será su buena estrella?
pero su muger es bella,
y era ella.

Y aunque Timoteo sabe
que en esto ha de haber busilis;
no se le exalta la bilis,
y no falta quien le alabe;
porque esto el mundo lo apoda
un matrimonio á la moda.

Con la esposa de su amigo
de bracero vá Rodrigo,
y no vá precisamente
porque esté el marido ausente,
que es marido de buen tono,
y vá detrás en abono
¡mira qué mono!

Pasan, y al ver al soslayo,
sea en junio, marzo ó febrero,
á la esposa de bracero,
y al esposo de lacayo,
esclama la gente toda:
un matrimonio á la moda.

Se tratan á la francesa
el marqués y la marquesa;
son de miramiento ejemplo,
cada cual tiene su templo,
su adoracion y su culto,
donde entrar fuera un insulto,
y no hay indulto.

Cuando él llega á su mezquita,
«tras, tras... ¿Madame?—¿Quién es?
«Luis, pas visible, Marqués?»
y el se aguanta y no se irrita,
y se vuelve á su pagoda.

Un matrimonio á la moda.

Julia va todos los años
á Bayona á tomar baños;
padece ataques soberbios,
por supuesto de los nervios;
y con doncella ó doncel
la deja marchar Miguel;
que ella es él.

Y luego vaeve... tal cual,
segun certifica el físico,
pero no sin dejar tísico
el bolsillo conyugal;
mas así les acomoda,
y... un matrimonio á la moda.

Por la noche va al casino
don Antonio mi vecino,
la vecina por virtud
va al baile, al Circo ó la Cruz;
vuelve ella, vuelve él tambien,
y se ven ó no se ven,
y hacen bien.

Tienen de hijos gran porcion,
pero es un consorcio egregio,
las niñas van al colegio,
los niños á la pension,
y nada los incomoda.
Un matrimonio á la moda.

En la bolsa y el bolsin
pasa el tiempo don Fermin;
no es que tenga el pensamiento
clavado en el tres por ciento
lo que á su muger da grima;
lo que ella siente y lastima
es la prima.

Y si ella hace astutamente,
sea noble, ó no sea noble,
una operacion en doble,
sin intervencion de agente,
¿qué dice la gente toda?
un matrimonio á la moda.

FRAY GERUNDIO.

GEROGLIFICO.



Siendo propiedad esclusiva de la empresa de este periódico cuanto en él aparece, y viendo que apenas hay número de que no copien los demás diarios, estamos en el caso de advertir que se procederá contra cualquier publicacion que, haciéndose el inmerecido honor de aceptar nuestras humildes producciones, omita citar con todas sus letras el título del SEMANARIO.

(1) Leida en el Liceo Artístico y Literario de Madrid la noche del 14 de diciembre de 1848, con ocasion de representarse la comedia titulada: *Un Matrimonio á la Moda*.